

LA INCLINACIÓN NATURAL DEL HOMBRE HACIA LA FILOSOFÍA

Juan José Cruz Aguilar, maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México; licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México; miembro del Seminario de Hermenéutica del Instituto de Estudios Sobre la Universidad; profesor de Ética en el Plantel "Ignacio Ramírez Calzada" de la Escuela Preparatoria.



Resumen:

Este trabajo intenta responder, de forma sencilla, ¿qué es la filosofía y por qué es importante cultivarla?, pues, sin importar cuál sea nuestra línea de profesionalización, es indispensable incorporar en nuestras tareas una dosis de filosofía. El artículo concluye que la filosofía es inherente a la naturaleza humana y, por lo tanto, no se puede renunciar a ella.

¿Qué es la filosofía?

Ofrecer una definición sobre la filosofía representa un reto, pues toda definición tiene como meta determinar las características de un término; sin embargo, la naturaleza de la filosofía impide ceñirla o limitarla a un único y definitivo significado. Esto no implica que no se pueda decir nada acerca de su naturaleza; por el contrario, la dificultad de definirla desvela ya parte de lo que es. De entrada se puede decir que es tal la riqueza de su significado que se desborda ante cualquier intento de asirlo o fijarlo en una definición. En segundo lugar se puede apuntar que la filosofía, como pocas actividades humanas, es desde el principio un problema para sí misma.

Mientras otras disciplinas tienen claro, o al menos eso suponen, sus características y objeto de estudio, la filosofía requiere detenerse a pensar sobre lo que es y lo que ha de estudiar. Para estos tiempos modernos, detenerse, tomar un respiro para pensar, puede parecer extraño o atípico, pues todo avanza a un ritmo vertiginoso, de ahí que el silencio que demanda el pensamiento nos perturbe, pero un quehacer como el de la filosofía lo exige. Filosofar no es como escribir precipitada e impulsivamente en Twitter, bajo un número determinado de caracteres, ansiosos por decir, por ser oídos o leídos, pero cerrados a escuchar al otro.



Para intentar decir algo de las características de la filosofía voy a recurrir a su etimología. Recordemos que el conocimiento etimológico de los términos griegos sirve para recobrar, en la medida de lo posible, la memoria de aquellas primeras vivencias en virtud de las cuales se acuña determinada palabra. Aquella experiencia que se ha de revivir es la del filósofo Pitágoras.

Una antigua tradición cuenta cómo después de haber recorrido Oriente, Pitágoras es interrogado por el rey Leonte, quien se hallaba maravillado por el ingenio del sabio jónico. Leonte pregunta a Pitágoras sobre la actividad a la que consagra su vida, en todo momento llamándolo sabio (*sophos*). Ante tal cuestionamiento, lo primero que responde Pitágoras es que no es un sabio, sino un filósofo (*philos-sophos*), alguien que ama y aspira a la sabiduría (*sophia*), es decir, el que se dedica a la filosofía. Esta última palabra, empleada por el filósofo jónico, significa amor de amistad (*philos*) o aspiración a la sabiduría. Pero, ¿hacia qué sentido apuntaba este nuevo término?, ¿qué clase de amor es ese que se puede profesar hacia la sabiduría?, más aún, ¿qué implica ser un amante?

Para seguir clarificando este término e intentar responder a las preguntas anteriores voy a referirme a la narración acerca del nacimiento del amor que ofrece Platón en su maravilloso diálogo *El Banquete* [203 b-204 c], donde veremos cómo el amor (Eros) es como el filósofo, es como la filosofía y es como el ser humano que no es ni dios ni bestia, sino un *daimon* muere y renace:

Cuando nació Afrodita, los dioses celebraron un banquete y, entre otros, estaba también Poros, el hijo de Metis. Después que terminaron de comer, vino a mendigar Penia, como era de esperar en una ocasión festiva, y estaba cerca de la puerta. Mientras, Poros, embriagado de néctar —pues aún no había vino—, entró en el jardín de Zeus y, entorpecido por la embriaguez, se durmió. Entonces Penia, maquinando, impulsada por su carencia de recursos, hacerse un hijo de Poros, se acuesta a su lado y concibió a Eros. Por esta razón, precisamente, es Eros también acompañante y escudero de Afrodita [...] Siendo hijo, pues, de Poros y Penia, Eros se ha quedado con las siguientes características. En primer lugar, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es, más bien, duro y seco y sin casa, duerme siempre en el suelo, descubierto, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su

vida, un formidable mago, hechicero y sofista. No es por naturaleza ni inmortal ni mortal, sino que en el mismo día unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida de nuevo gracias a la naturaleza del padre. Mas lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros nunca ni está falto de recursos ni es rico, y está en el medio de la sabiduría y la ignorancia (Platón, 2008, pp. 145-287).

Del mismo modo que Eros, el filósofo, así como la filosofía, se hallan en un punto intermedio, entre la ignorancia y la sabiduría. Se trata de un estado de tensión entre la aspiración y el deseo de conocimiento y la imposibilidad de satisfacer tales anhelos. Lo que se quiere conquistar: la sabiduría, no es sino una acabada comprensión del sentido último del mundo. De este modo, la vida del filósofo transcurre en un intento permanente por conquistar la verdad. Es decir, desentrañar los misterios últimos de la realidad (el principio u origen de todas las cosas, el sentido de la vida, las causas de la enfermedad y la muerte, los atributos de la naturaleza humana, lo bueno, lo bello, y un largo etcétera).

LA SABIDURÍA TIENE QUE SER AMADA Y NO SÓLO ADMIRADA.

Este amor que profesa el filósofo y la filosofía a la sabiduría ha de entenderse no precisamente como un deseo de poseer, al modo del enamoramiento, pues esto sería imposible, si consideramos, como he escrito, que la naturaleza de la filosofía la ata irremediamente a una aspiración y no a la posesión de la sabiduría. El amor del filósofo hacia la sabiduría es como el de la vida amorosa, que consiste en cortejo permanente de la verdad a fin de que ésta una que otra vez desvele alguno de sus secretos.

La sabiduría tiene que ser amada y no sólo admirada. La admiración sólo implica contemplación pasiva, lo que significa que quien admira está paralizado, inerte, no realiza ninguna actividad o esfuerzo por conseguir desentrañar los enigmas del mundo. En cambio, el que ama construye, trabaja constantemente por encontrar la clave que le permita acceder al en sí de la realidad. Amar la sabiduría es una tarea ardua que nunca termina.

Sin duda, las pretensiones de la filosofía son muy ambiciosas: una comprensión acabada del mundo, pero esta ambición tiene que moderarse por un grado de humildad que ha de acompañar a todo aquel que desea dedicar su vida a la búsqueda de la verdad, pues éste ha de tener claro que las respuestas que pueda generar para resolver los planteamientos alrededor de la realidad nunca serán definitivas. Hay que tener cuidado de los filósofos soberbios, porque olvidan que las características de su oficio lo condenan a aspirar y no a poseer. Porque ha nacido como amante y no como dueño de la verdad.

Requisitos para mantener una actitud filosófica (o requisitos para ser un buen amante)

Ahora voy a delinear una serie de requisitos necesarios para amar a la sabiduría, para mantener una vida amorosa con el conocimiento.

Platón y Aristóteles fueron los primeros filósofos que intentaron poner fronteras al quehacer de la filosofía. Ambos coinciden, sin importar la definición de filosofía por la que opten, que el asombro es la principal disposición, yo diré requisito, para que nazca la filosofía.

Para Platón, en el Teeteto [155 d1], el asombro como estado del alma posibilita el conocimiento, pues es considerado una apertura al saber. Se trata de una disposición primera hacia el conocimiento, como condición de posibilidad para que surja el deseo por la sabiduría (Cfr. Ugalde, 2017).

En Aristóteles (2011, p. 586) [980a-993a] el asombro es lo que mueve al hombre a realizar sus primeras indagaciones filosóficas. Éste permite ir en busca de una explicación para todo aquello que se ignora. El asombro despierta una admiración por el mundo que ineludiblemente inclina al ser humano hacia la sabiduría.

El interés por la filosofía tiene entonces su origen en un *pathos* o estado del alma que conduce a quien lo padece a la búsqueda del conocimiento. Se trata de una disposición íntima, vivencial que obliga a mirar la realidad siempre de una forma renovada.

El asombro es una condición natural de aquel que decide dedicar su vida a la búsqueda de la sabiduría. Es un estado permanente que el filósofo no ha de abandonar para seguir siendo tal.

Si el objetivo del amante de la sabiduría es, como he escrito, una comprensión de la realidad, tiene que mantenerse en actitud de asombro o sorpresa ante ella. Para esto requiere trasgredir la vida rutinaria, la costumbre, la monotonía, a fin de mirarla siempre de forma fresca. Del mismo modo que para seguir amando a alguien hay que asumir que nunca lo conoceremos completamente; y en razón de esa tarea inacabada es que seguiremos aspirando a conocerlo y le seguiremos amando, es que el filósofo ha de mantenerse en la labor de desentrañar el sentido del mundo, para seguir siendo un amante de la sabiduría.

El filósofo sabe que su trabajo tiene un principio, pero no un fin, esto, lejos de desalentarlo, es el impulso irrefrenable por seguir buscando, aun con la certeza (trágica si se quiere) de que nunca encontrará todo lo que anhela.



Al asombro hay que sumar otro elemento indispensable para mantener una actitud filosófica. Este otro requisito se desprende del primero, me refiero a la acción de preguntar. No basta con maravillarse del mundo y quedar paralizado por la sorpresa de aquello que se contempla, hace falta interrogar la realidad. Preguntar es una condición necesaria para todo aquel que se precie de ser un amante del conocimiento.

La pregunta en filosofía, después del asombro, es un motor para aproximarse hacia el objeto amado. No son las respuestas que se puedan ofrecer a las interrogantes filosóficas las que nos hacen permanecer en una disposición de apertura hacia el conocimiento sino las preguntas. Cuando se interroga el mundo se demanda una explicación que permita hacerlo inteligible. Esto supone que el mundo nos es desconocido y deseamos conocerlo, porque la realidad no nos es indiferente gracias al asombro.

Ahora, es importante explicar las características de la pregunta filosófica. Ésta, en principio, suele ser espontánea y sincera, sin ninguna otra pretensión más que la de intentar clarificar en lo posible la realidad. Ya que la primacía de la pregunta en filosofía está por encima de las posibles respuestas o lecturas que se puedan hacer de una misma realidad.

Un ejemplo claro de la pregunta filosófica es la formulada por los niños, quienes sin temor a equivocarse, ni a ser juzgados, y faltos de toda preocupación por romper paradigmas o criterios establecidos, interrogan con el por qué todo lo que les rodea. En términos aristotélicos se diría que inquietan por las causas primeras, pues el mundo para ellos es nuevo en todos los sentidos. El reto para el filósofo es mantener esta actitud, que más que infantil, es originaria y vital para la labor filosófica.

El silencio del pensar es otro de los requisitos para el filosofar. Me refiero a realizar una pausa en nuestras vidas, suspendiendo por un instante los ruidos de la cotidianidad, para reflexionar (reflejar la realidad) y mirarla detenidamente, a fin de que no pasen desapercibidos cada uno de sus detalles. Esto con el propósito de observar lo cotidiano cada vez de una forma nueva. Guardar silencio para pensar y poner en pausa la cotidianidad no significa un olvido de la vida. Sería un error suponer que filosofar termina por ser una actividad aislada y solitaria. Que se demanda silencio para pensar: sí, pero no habría nada qué pensar si se dejara de vivir.

No olvidemos que el filósofo es un amante de la sabiduría, un observador y decodificador de la realidad, por lo tanto, no puede existir aislado del mundo dedicado a especulaciones vacías y obtusas. Por el contrario, requiere adentrarse en el mundo, experimentar e incluso padecer la realidad, pero siempre con un espacio, con un nicho para la reflexión que le permita discernir y clarificar racionalmente lo que ha vivido.



Con el asombro, la pregunta y el silencio del pensar tenemos el marco adecuado para emprender una vida amorosa con el conocimiento. El conjunto de estos elementos posibilita la actividad filosófica por excelencia: el diálogo; éste es el verdadero filosofar, en el que con la pregunta, engendrada por el asombro, se emprende un camino en donde la conversación nos guiará. El verdadero diálogo es aquel en el que los hombres se disponen a decir y decirse por el otro, sin esperar un resultado determinado, pues como escribe un filósofo del siglo XX, Hans George Gadamer (2006, p. 706) la verdadera conversación no tiene un rumbo determinado, es decir, los participantes del diálogo no dirigen la conversación, sino que ésta los dirige a ellos.

No podemos olvidar el estudio de las lecturas que del mundo han hecho los grandes filósofos, pero siempre enriqueciendo nuestra interpretación de ellos con la vivencia del ahora. La filosofía es, pues, pensamiento vivo, no la sola recitación de lo que otras mentes han dicho, sino el ejercicio constante de interpretar la realidad.

La inclinación natural del hombre hacia la filosofía

Ahora sería oportuno decir quién o quiénes pueden reunir los requisitos anteriores, ¿será que todos podemos llevar una vida consagrada a la búsqueda de la sabiduría o sólo algunos cuantos?

Para fortuna de todos, el quehacer filosófico no le pertenece sólo a los filósofos profesionales. Cada ser humano posee desde su nacimiento una inclinación natural hacia la sabiduría. Pues así como Eros es producto de la relación entre Poros y Penia, la riqueza y la pobreza, y esto lo coloca en un punto intermedio entre la carencia y la abundancia, el hombre ha nacido en un estado de tensión entre la animalidad y la divinidad. Ni dios ni las bestias tienen tal condición, escribió Ortega y Gasset (2012, p. 288). Dios lo sabe todo, por eso no tiene el deseo de conocer. La bestia no sabe nada por eso no desea el conocimiento. En cambio, el hombre es la insatisfacción viviente, el hombre necesita irremediablemente saber, pues es consciente de su ignorancia y de la posibilidad de salir de tal estado.

En este sentido, el ser humano por naturaleza, como escribió Aristóteles, tiende al conocimiento. Recordemos cómo el asombro es una disposición que surge del alma. La disposición hacia la sabiduría es entonces inherente a nuestro ser, más aún, lo constituye, pues hemos nacido así, proclives hacia el saber.

Nuestro destino hacia la filosofía estaba marcado ya desde nuestro nacimiento, porque no hemos nacido ni dioses ni animales, sino hombres. Entes en falta, carentes del saber pero con la disposición de satisfacer dicha carencia.

De este modo, la filosofía se convierte en una actividad vital. Esto implica que aquel que renuncia a llevar una vida amorosa con el conocimiento abandona a la vez su condición de ser humano. Porque ser hombre es ser filósofo.

LA SABIDURÍA TIENE QUE
SER AMADA Y NO SÓLO
ADMIRADA.

Así como la filosofía es una construcción, una tarea constante, un cortejo permanente de la sabiduría, el hombre, en virtud de su naturaleza dual que no lo hace ni divino ni mortal, es un proyecto, un hacerse día con día. Como Eros, el hombre —en el mismo día— unas veces florece y vive, cuando está en la abundancia, y otras muere, pero recobra la vida gracias a su naturaleza que lo hace aspirar al conocimiento. En este sentido, la filosofía nos construye, aquel que se atreve a abandonarla se animaliza o, peor aún, deja de ser.

Desde luego que hay muchos hombres que, si bien no renuncian a la naturaleza humana, sí adormecen aquella disposición o inclinación hacia el saber, ya que se trata de una labor afanosa que exige esfuerzos que pocos se atreven a llevar a cabo. La rutina, el hábito o la costumbre terminan por derrotar aquella disposición de ánimo que ilumina nuestra infancia: ver todos los días el mundo como algo nuevo y diferente.

En otros casos, no es la renuncia voluntaria a la actitud filosófica la que apaga el impulso del hombre hacia el conocimiento, sino el poder detentado por algunos pocos, que ven en la habilidad de pensar crítica y reflexivamente un peligro para seguir manteniendo sus privilegios. Que la filosofía es peligrosa quizá porque cambia, porque construye al hombre como un ser que no se satisface con cualquier respuesta y busca afanosamente la perfección, la belleza, lo bueno, lo justo.

Cualquiera que sea la razón que pueda mitigar el interés del hombre por la filosofía tiene que ser combatida. De este modo, el profesional y el estudiante de la filosofía tienen la misión de velar y preservar lo humano, no sólo en nosotros mismos, sino en todos los hombres. Cuidar lo humano equivale a fomentar el estudio y práctica de la filosofía, esa es nuestra tarea, nuestro compromiso.

Finalmente, a modo de advertencia, me gustaría decir que tenemos que estar preparados para aquello que nuestra búsqueda en algún momento pueda arrojar, pues no siempre será bueno o satisfactorio. Gilles Deleuze escribió que la filosofía "sirve para entristecer" (2016, p.24), pero no porque su cometido final sea el de causar tristeza o desánimo ante la vida, sino porque el hecho de filosofar implica enfrentarnos con nuestra propia existencia que se puede mostrar como dolorosa. Esto puede provocar pesadumbre o desconcierto. Sabernos seres producto de la casualidad, limitados y mortales puede resultar amargo y desconcertante; sin embargo, si con la filosofía se puede descubrir ese fondo oscuro del mundo, también con ella se puede hallar el modo de hacer de nuestras vidas una obra de arte, en la que no se trata olvidar los dolores del mundo, sino impedir que estos nos paralicen, para poder vivir como artistas, cuya obra somos y seremos nosotros mismos.

Referencias

- Aristóteles.** (2011) *Metafísica*. Madrid: Gredos.
- Deleuze, G.** (2016) *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Gadamer, H. G.** (2006) *Verdad y Método*. España: Ediciones Sígueme.
- Ortega y Gasset, J.** (2012) *¿Qué es filosofía?* México: Austral.
- Platón.** (2008) *El banquete*. Madrid: Gredos.
- Ugalde, J.** (2017) 'El asombro la afección originaria de la filosofía', *Areté. Revista de filosofía*, vol. 29, núm. 1, Lima.